

En nuestro apuro por conquistar la naturaleza y la muerte, hemos creado una nueva religión de la ciencia

En la década de 1880, el matemático y teólogo Edwin Abbott trató de ayudarnos a comprender mejor nuestro mundo describiendo uno muy diferente al que llamó Flatland. Imagine un mundo que no es una esfera que se mueve a través del espacio como nuestro propio planeta, sino más bien una gran hoja de papel habitada por formas geométricas planas y conscientes. Estas personas de forma pueden moverse hacia adelante y hacia atrás, y pueden girar a la izquierda y a la derecha. Pero no tienen sentido de arriba o abajo. La sola idea de un árbol, un pozo o una montaña no tiene sentido para ellos porque carecen de los conceptos y experiencias de altura y profundidad. No pueden imaginar, y mucho menos describir, objetos que nos son familiares.

Por Jonathan Cook
19 de abril de 2021

En este mundo bidimensional, lo más cerca que los científicos pueden llegar a comprender una tercera dimensión son los vacíos desconcertantes en las mediciones que se registran en sus equipos más sofisticados. Sienten las sombras proyectadas por un universo más grande fuera de Flatland. Los mejores cerebros infieren que debe haber más en el universo de lo que se puede observar, pero no tienen forma de saber qué es lo que no saben.

Este sentido de lo incognoscible, lo inefable ha estado presente en los seres humanos desde que nuestros primeros antepasados se volvieron cohibidos. Habitaron un mundo de eventos catastróficos inmediatos (tormentas, sequías, volcanes y terremotos) causados por fuerzas que no podían explicar. Pero también vivían con un asombro mayor y permanente ante los misterios de la naturaleza misma: el cambio del día a la noche y el ciclo de las estaciones; los pinchazos de luz en el cielo nocturno y su continuo movimiento; la subida y bajada de los mares; y la inevitabilidad de la vida y la muerte.

Quizás no sea sorprendente que nuestros antepasados tendieran a atribuir una causa común a estos misteriosos eventos, ya fueran de la variedad catastrófica o cíclica, del caos o del orden. Los atribuyeron a otro mundo o dimensión: al reino espiritual, al divino.

Paradoja y misterio

La ciencia ha buscado encoger el reino de lo inexplicable. Ahora entendemos, al menos aproximadamente, las leyes de la naturaleza que gobiernan el clima y los eventos catastróficos como un terremoto. Los telescopios y los cohetes también nos han permitido sondear más profundamente en los cielos para tener un poco más de sentido del universo fuera de nuestro pequeño rincón. Pero cuanto más investigamos el universo, más rígidos parecen los límites de nuestro conocimiento. Al igual que la gente de las formas de Flatland, nuestra capacidad de comprensión está limitada por las dimensiones que podemos observar y experimentar: en nuestro caso, las tres dimensiones del espacio y la adicional del tiempo. La influyente "teoría de cuerdas" postula otras seis dimensiones, aunque es poco probable que las percibamos con más detalle que las sombras casi detectadas por los científicos de Flatland.

Cuanto más nos asomamos al gran universo del cielo nocturno y nuestro pasado cósmico, y cuanto más nos adentramos en el pequeño universo dentro del átomo y nuestro pasado personal, mayor es la sensación de misterio y maravilla.

A nivel subatómico, las leyes normales de la física se rompen. La mecánica cuántica es el mejor intento de explicar los misterios del movimiento de las partículas más diminutas que podemos observar, que parecen estar operando, al menos en parte, en una dimensión que no podemos observar directamente.

Y la mayoría de los cosmólogos, que miran hacia afuera en lugar de hacia adentro, saben desde hace mucho tiempo que hay preguntas que es poco probable que respondamos nunca: sobre todo lo que existe fuera de nuestro universo, o expresado de otra manera, lo que existía antes del Big Bang. Durante algún tiempo, la materia oscura y los agujeros negros han desconcertado a las mejores mentes. Este mes, los científicos le concedieron al New York Times que hay formas de materia y energía desconocidas para la ciencia pero que pueden inferirse porque alteran las leyes conocidas de la física.

Dentro y fuera del átomo, nuestro mundo está lleno de paradojas y misterio.

Vanidad y humildad

A pesar de nuestra cultura de veneración de la ciencia, llegamos en un momento similar al de nuestros antepasados, que contemplaban el cielo nocturno con asombro. Nos hemos visto obligados a reconocer los límites del conocimiento.

Hay una diferencia, sin embargo. Nuestros antepasados temían lo incognoscible, y por eso prefirieron mostrar cautela y humildad ante lo que no se podía entender. Trataron a los inefables con respeto y reverencia. Nuestra cultura fomenta precisamente el enfoque opuesto. Mostramos solo vanidad y arrogancia. Buscamos derrotar, ignorar o trivializar aquello que no podemos explicar o comprender.

Los más grandes científicos no cometen este error. Como ávido espectador de programas científicos como Horizonte de la BBC, siempre me sorprende la cantidad de cosmólogos que hablan abiertamente de sus creencias religiosas. Carl Sagan, el cosmólogo más famoso, nunca perdió su sentido de asombro asombrado mientras examinaba el universo. Fuera del laboratorio, el suyo no era el lenguaje de la ciencia calculadora, fría y dura. Describió el universo en el lenguaje de la poesía. Comprendió los límites necesarios de la ciencia. En lugar de sentirse amenazado por los misterios y paradojas del universo, los celebró.

Cuando en 1990, por ejemplo, la sonda espacial Voyager 1 nos mostró por primera vez nuestro planeta a 6 mil millones de kilómetros de distancia, Sagan no se confundió a sí mismo ni a sus compañeros científicos de la NASA con dioses. Vio "un punto azul pálido" y se maravilló de un planeta reducido a una "mota de polvo suspendida en un rayo de sol". La humildad fue su respuesta a la vasta escala del universo, nuestro lugar fugaz dentro de él y nuestra lucha por lidiar con "la gran oscuridad cósmica envolvente".

Mente y materia

Lamentablemente, el enfoque de Sagan no es el que domina la tradición occidental. Con demasiada frecuencia, nos comportamos como si fuéramos dioses. Tontamente, hemos hecho de la ciencia una religión. Hemos olvidado que en un mundo de incognoscibles, la aplicación de la ciencia es necesariamente provisional e ideológica. Es una herramienta, una de las muchas que podemos usar para comprender nuestro lugar en el universo, y de la que los corruptos, los vanidosos, los que buscan el poder sobre los demás, los que adoran el dinero, se apropian fácilmente de ella.

Hasta hace relativamente poco tiempo, la ciencia, la filosofía y la teología buscaban investigar los mismos misterios y responder a las mismas preguntas existenciales. A lo largo de gran parte de la historia, se los consideró complementarios, no competidores. Abbott, recuerde, fue un matemático y teólogo, y Flatland fue su intento de explicar la naturaleza de la fe. De manera similar, el hombre que quizás más ha dado forma al paradigma dentro del cual gran parte de la ciencia occidental todavía opera fue un filósofo francés que utilizó los métodos científicos de la época para probar la existencia de Dios.

Hoy en día, René Descartes es mejor recordado por su famosa, aunque rara vez entendida, máxima: "Pienso, luego existo". Hace cuatrocientos años, creía que podía probar la existencia de Dios a través de

su argumento de que la mente y la materia están separadas. Así como los cuerpos humanos eran distintos de las almas, Dios estaba separado y distinto de los humanos. Descartes creía que el conocimiento era innato y, por lo tanto, nuestra idea de un ser perfecto, de Dios, solo podía derivar de algo que fuera perfecto y objetivamente real fuera de nosotros.

Débil y egoísta, como suenan hoy muchos de sus argumentos, la influencia ideológica duradera de Descartes en la ciencia occidental fue profunda. No menos importante, el llamado dualismo cartesiano, el tratamiento de la mente y la materia como reinos separados, ha alentado y perpetuado una visión mecanicista del mundo que nos rodea.

Podemos comprender brevemente cuán fuerte es el control continuo de su pensamiento sobre nosotros cuando nos enfrentamos a culturas más antiguas que se han resistido al discurso racionalista extremo de Occidente, en parte, debemos señalar, porque fueron expuestos a él de manera hostil y opresiva. Eso solo sirvió para alienarlos del canon occidental.

Escuchar a un nativo americano o un aborigen australiano hablar del significado sagrado de un río o una roca, o de sus antepasados, es tomar conciencia de repente de lo extraño que suena su pensamiento a nuestros oídos "modernos". Es el momento en el que es probable que respondamos de una de estas dos maneras: o para sonreír internamente ante su ignorancia infantil, o para tragar una sabiduría que parece llenar un vacío enorme en nuestras propias vidas.

Ciencia y poder

El legado de Descartes, un dualismo que supone la separación entre alma y cuerpo, mente y materia, ha demostrado ser venenoso en muchos sentidos para las sociedades occidentales. Una cosmovisión mecanicista y empobrecida trata tanto al planeta como a nuestros cuerpos principalmente como objetos materiales: uno es un juguete para nuestra codicia, el otro un lienzo para nuestras inseguridades.

El científico británico James Lovelock, que ayudó a modelar las condiciones en Marte para la NASA para que tuviera una mejor idea de cómo construir las primeras sondas para aterrizar allí, todavía es ridiculizado por la hipótesis de Gaia que desarrolló en la década de 1970. Comprendió que era mejor no ver nuestro planeta como un gran trozo de roca con formas de vida viviendo en él, aunque distintas de él. Más bien, la Tierra era como una entidad viviente completa, infinitamente compleja y delicadamente equilibrada. Durante miles de millones de años, la vida se había vuelto más sofisticada, pero cada especie, desde la más primitiva hasta la más avanzada, era vital para el conjunto, manteniendo una armonía que sustentaba la diversidad.

Pocos escucharon a Lovelock. Nuestro complejo de dios nos superó. Y ahora, mientras las abejas y otros insectos desaparecen, todo lo que advirtió hace décadas parece mucho más urgente. A través de nuestra arrogancia, estamos destruyendo las condiciones para una vida avanzada. Si no nos detenemos pronto, el planeta se deshará de nosotros y volverá a una etapa anterior de su evolución. Comenzará de nuevo, sin nosotros, cuando la simple flora y los microbios comiencen a recrear gradualmente, medidos en eones, las condiciones favorables para las formas de vida superiores.

Pero la relación abusiva y mecanicista que tenemos con nuestro planeta se refleja en la que tenemos con nuestros cuerpos y nuestra salud. El dualismo nos ha animado a pensar en nuestros cuerpos como vehículos carnosos que, al igual que los de metal, necesitan una intervención externa regular, desde un servicio hasta una nueva pulverización o una mejora. La pandemia solo ha servido para subrayar estas tendencias malsanas.

En parte, el establecimiento médico, como todos los establecimientos, se ha visto corrompido por el deseo de poder y enriquecimiento. La ciencia no es una disciplina prístina, libre de presiones del mundo real. Los científicos necesitan financiación para la investigación, tienen hipotecas que pagar y anhelan un estatus y un avance profesional como todos los demás.

Kamran Abbasi, editor ejecutivo del British Medical Journal, escribió un editorial en noviembre pasado advirtiendo sobre la corrupción estatal británica que se había desatado a gran escala por el covid-19. Pero no fueron solo los políticos los responsables. También se había implicado a científicos y expertos en salud: "La pandemia ha revelado cómo se puede manipular el complejo médico-político en una emergencia".

Añadió: "La respuesta a la pandemia del Reino Unido depende demasiado de los científicos y otras personas designadas por el gobierno con intereses en competencia preocupantes, incluidas las participaciones en empresas que fabrican pruebas de diagnóstico, tratamientos y vacunas contra el covid-19".

Doctores y clérigos

Pero de alguna manera Abbasi es demasiado generoso. Los científicos no solo han corrompido la ciencia al priorizar sus intereses personales, políticos y comerciales. La ciencia misma está moldeada e influida por los supuestos ideológicos de los científicos y de las sociedades más amplias a las que pertenecen. Durante siglos, el dualismo de Descartes ha proporcionado la lente a través de la cual los científicos a menudo han desarrollado y justificado tratamientos y procedimientos médicos. La medicina también tiene sus modas, incluso si tienden a ser más longevas y más peligrosas que las de la industria de la confección de ropas

De hecho, había razones de interés propio por las que el dualismo de Descartes resultara tan atractivo para la comunidad científica y médica hace cuatro siglos. Su división de la mente y la materia abrió un espacio para la ciencia libre de interferencias clericales. Los médicos ahora pueden reclamar una autoridad sobre nuestros cuerpos separada de la que la Iglesia reclama sobre nuestras almas.

Pero ha sido difícil deshacerse de la visión mecanicista de la salud, incluso cuando la comprensión científica y la exposición a tradiciones médicas no occidentales deberían haberla hecho parecer cada vez menos creíble. El dualismo cartesiano reina hasta el día de hoy, visto en la supuesta separación estricta de la salud física y mental. Tratar la mente y el cuerpo como indivisibles, como dos caras de la misma moneda, es correr el riesgo de ser acusado de charlatanería. La medicina "holística" todavía lucha por ser tomada en serio.

Frente a una pandemia que induce al miedo, el establecimiento médico inevitablemente ha vuelto aún más fuertemente su ortodoxia. El virus ha sido visto a través de una sola lente: como un invasor que busca abrumar nuestras defensas, mientras que somos vistos como pacientes vulnerables que necesitan desesperadamente un batallón adicional de soldados que puedan ayudarnos a combatirlo. Con esto como el marco dominante, ha correspondido a las grandes farmacéuticas, las corporaciones médicas con la mayor potencia de fuego, acudir en nuestro rescate.

Las vacunas son parte de una solución de emergencia, por supuesto. Ayudarán a salvar vidas entre los más vulnerables. Pero la dependencia de las vacunas, con exclusión de todo lo demás, es una señal de que una vez más estamos siendo atraídos a ver nuestros cuerpos como máquinas. El establecimiento médico nos dice que podemos resistir esta guerra con algunos blindajes de Pfizer, Moderna y AstraZeneca. Todos podemos ser Robocop en la batalla contra Covid-19.

Pero hay otras formas de ver la salud en lugar de una batalla tecnológica costosa y que agota los recursos contra los guerreros virósicos. ¿Dónde está el enfoque en mejorar las dietas cada vez más deficientes en nutrientes, procesadas, cargadas de pesticidas y ricas en azúcar y químicos que la mayoría de nosotros consumimos? ¿Cómo abordamos la plaga del estrés y la ansiedad que todos soportamos en un mundo competitivo, conectado digitalmente y sin descanso, despojado de todo significado espiritual? ¿Qué hacemos con los estilos de vida cuidados que preferimos, donde el esfuerzo es una opción de estilo de vida rebautizada como ejercicio, en lugar de ser parte integral de nuestra

jornada laboral, y donde la exposición regular al sol , fuera de unas vacaciones en la playa, es casi imposible con nuestros horarios de oficina hiperregulados?

Miedo y soluciones rápidas

Durante gran parte de la historia de la humanidad, nuestra principal preocupación fue la lucha por la supervivencia: contra los animales y otros seres humanos, contra los elementos, contra los desastres naturales. Los desarrollos tecnológicos resultaron invaluable para hacer nuestras vidas más seguras y fáciles, ya sea con hachas de pedernal y animales domésticos, ruedas y motores de combustión, medicinas y comunicaciones de masas. Nuestros cerebros ahora parecen estar programados para buscar la innovación tecnológica para abordar incluso el inconveniente más pequeño, para disipar incluso nuestros temores más salvajes.

Entonces, por supuesto, hemos invertido nuestras esperanzas y sacrificado nuestras economías para encontrar una solución tecnológica a la pandemia. ¿Pero esta fijación exclusiva en la tecnología para resolver la actual crisis de salud no tiene un paralelo con los remedios tecnológicos de solución rápida similares que seguimos buscando para las muchas crisis ecológicas que hemos creado?

¿Calentamiento global? Podemos crear una pintura aún más blanca para reflejar el calor del sol. ¿Plásticos en cada rincón de nuestros océanos? Podemos construir aspiradoras gigantes que lo chuparán todo. ¿Poblaciones de abejas desaparecidas? Podemos inventar drones polinizadores para que ocupen su lugar. ¿Un planeta moribundo? Jeff Bezos y Elon Musk llevarán a millones de nosotros a colonias espaciales.

Si no estuviéramos tan obsesionados con la tecnología, no fuéramos tan codiciosos, no estuviéramos tan aterrorizados por la inseguridad y la muerte, si no viéramos nuestros cuerpos y mentes separados, y los humanos separados de todo lo demás, podríamos hacer una pausa para reflexionar sobre si nuestro El enfoque no es un poco equivocado.

La ciencia y la tecnología pueden ser cosas maravillosas. Pueden hacer avanzar nuestro conocimiento de nosotros mismos y del mundo que habitamos. Pero deben llevarse a cabo con un sentido de humildad del que cada vez parecemos más incapaces. No somos conquistadores de nuestros cuerpos, ni del planeta, ni del universo, y si imaginamos que lo somos, pronto descubriremos que la batalla que estamos librando es una que nunca podremos esperar ganar.

Artículo traducido automáticamente por Google Translate.

fuelle: <https://www.unz.com/jcook/in-our-hurry-to-conquer-nature-and-death-we-have-made-a-new-religion-of-science>